

LA PESCA DE LOS MORSOS.



SEGUNDA SERIE. — 1860

AÑO XVIII. 31.

En los primeros meses del año de 1818, el almirantazgo inglés traía de mandar expediciones á los mares Árticos para encontrar un paso al Nordeste. Hizo equipar con este objeto la *Dorotea*, fragata de 370 toneladas y el *Trento* bergantín de 250. Confirió el mando de la primera al capitán David Buchan; y el de la segunda al teniente John Franklin, que entraba entonces en la carrera de los descubrimientos en donde tanta ilustración ha adquirido, y cuya desaparición tanto ha llamado la atención del mundo, y por quien la Inglaterra ha hecho tantas expediciones y gastado tantos millones para encontrar al menos su cadáver. Después de haber explorado la isla de los Osos y la parte oriental de Spitzberg, estos dos buques se vieron detenidos en medio de los hielos durante treinta días, á la altura de la isla del Príncipe Carlos. En la forzada inacción á que se vieron reducidas las tripulaciones de los buques, no tuvieron más distracción que la caza de los osos y los morsos, únicos huéspedes de aquellos helados desiertos. Bechey, uno de los oficiales del bergantín *Trento*, cuenta de esta manera una de sus partidas de caza.

El 27 al comenzar á despejarse la mar con una hermosa tarde, las tripulaciones descubrieron sobre unos bancos de arena numerosos rebaños de morsos, de más de ciento cada uno, que habían acudido allí, según su costumbre, á retozar alegremente y dormirse después. Habiendo obtenido permiso del comandante del buque para comenzar la cacería, una parte de los oficiales y de los marineros saltaron en una lancha convenientemente dispuestos. Acercáronse á uno de estos rebaños que miraban ya como una presa segura, cuando advertidos aquellos animales por el que de entre ellos ponen de centinela mientras juegan ó duermen, se volvieron á bordo del témpano de hielo con los movimientos y saltos más grotescos, y desaparecieron todos debajo del agua.

Pero había otro rebaño de tal suerte enjugado y distraído que dejó aproximar á los marineros y cercarlo. Al primer tiro los morsos asustados se precipitaron hacia la orilla del témpano de hielo con tal impetuosidad, que derribaron á casi todos los hombres apostados allí para cerrarles el paso. Sorprendidos también los marineros, los dejaron, sin causarles el menor daño, sumergirse en el mar. No era fácil tampoco el herirlos gravemente en vista de lo incierto de sus movimientos, de la extrema dureza de su piel, y de la distancia á que era preciso estar para no ser abofeteado, ó maltratado por su cabeza armada de bigotes y colmillos. Uno de aquellos anfibios recibió un balazo en la cabeza, y el contramaestre Jorge Kirein queriendo á toda costa apoderarse de su presa le dió un hachazo, pero el animal arrojó el arma al aire y agitando violentamente la cabeza como si quisiese destruir con sus formidables colmillos todo cuanto se le presentase, logró ganar el agua. Los marineros del *Trento* se arrojaron en su lancha para perseguirle, empero hallándose los morsos mucho más fuertes en aquel elemento cambiaron de papel y se convirtieron á su vez en agresores, de modo que el asunto comenzó á ponerse serio. Acudieron una multitud bramando de rabia, y precipitándose sobre la lancha. Esforzábanse en ponerse en dos pies sobre la baranda de la lancha ó en hacer pedazos la embarcación golpeándola fuertemente con sus cabezas.

Uno de ellos mucho más grande y más fuerte que los demás, parecía dirigir aquel ataque como jefe. Contra él

dirigieron sus esfuerzos los marineros. Herido por todas partes con los machetes, acribillado por una granizada de arpones balleneros que ó se escurrían en su impenetrable piel ó se doblaban, el combate se hizo terrible y encarnizado.

Eran tan numerosos y tan multiplicados los ataques, que los marineros no tenían tiempo de cargar un fusil; lo que hubiera sido seguramente el mejor medio de terminar la lucha. Afortunadamente el comisario de víveres Williams Benet tenía cargado su fusil, y viendo agotarse las fuerzas de sus compañeros en la pelea, cogió su arma, apoyó el cañon contra la garganta del jefe de los asaltantes y le encajó el tiro en las entrañas. La herida debía ser mortal y el animal cayó panza arriba en medio de sus compañeros que inmediatamente cesaron el ataque para agruparse á su alrededor. En un abrir y cerrar de ojos se alejaron sosteniendo con mucho cuidado al herido sobre sus colmillos nadando tan rápidamente como podían con aquel peso.

No quedó entonces ya de toda la banda sino uno muy chiquito al que los marineros por lástima no querían hacerle mal.

Habían visto los marineros á aquel animalito combatir al lado del jefe, y la protección que éste le daba les hizo creer si sería alguno de sus hijuelos. Lanzóse con furor contra la lancha, y no teniendo todavía colmillos, la golpeaba con la cabeza, y seguramente la hubiera hecho pedazos á no haberlo rechazado con los arpones balleneros, con los que se le hicieron varias heridas en los lados. Sin parecer conmovirse y desfigurado por sus heridas, continuaba el ataque el furioso animalito arrastrándose sobre los hielos, persiguiendo á los marineros que de nuevo habían desembarcado, hasta que uno de ellos por compasión lo remató de un hachazo, poniendo término á sus padecimientos.

Hay pocas especies de animales en que sea tan notable como en los morsos el amor y cariño que se tienen los padres y los hijos. Cita el capitán Bequey un rasgo de que había sido testigo en otra ocasión. Atacó una lancha á un macho y á una hembra, hiriendo á esta última en la cabeza mientras daba de mamar á su hijuelo teniéndole agarrado contra el pecho con los brazos. El macho se sumergió inmediatamente en el mar con la evidente intención de vengar aquel ataque sobre la lancha. Mientras tanto la hembra colocó resueltamente su hijuelo sobre su brazo izquierdo y se dirigió hacia el témpano de hielo en medio de tres arpones asustados contra su pecho. A pique estuvo al caer en el agua de que no arrastrase tras de sí á los que se hallaban en la lancha. Como había abandonado al hijuelo, este se lanzó bramando contra la lancha, y tan furioso, que parecía querérsela tragar, pero recibió en la cabeza un buen golpe y se alejó para reunirse á su madre que parecía esforzarse á ganar los témpanos del hielo inmediato. El macho, reuniendo todos sus esfuerzos la empujaba por detrás con sus colmillos, y parecía dedicado á proteger su retirada hasta que estuviese fuera del alcance de los marineros.

Se saca de los morsos un marfil más duro, más compacto y más blanco que el de los elefantes, un excelente aceite y muy buen cuero. Aunque se ha disminuido muy considerablemente la especie de estos anfibios, son más numerosos en la costa occidental de Spitzberg que en la bahía de Bafin, el estrecho de *Behring*, y en cualquiera otra parte de los mares árticos, excepto tal vez, en las islas de los Osos. A fines

del siglo XVI, Gerardo de Veerg, en su relacion de los *Tres viajes de los holandeses al Norte*, ha dado una descripcion de estos animales tan exacta como pintoresca.

Son, dice, monstruos marinos de forma maravillosa, mas grandes que un buey: viven en el mar, tienen la piel semejante á la del perro de mar, el pelo muy corto, y el hocico parecido al del leon: se colocan muchas veces sobre los témpanos de hielo. Cuesta muchísimo trabajo matarlos, á no darles en las sienes de la cabeza. Tienen cuatro patas, no tienen orejas y engendran á la vez uno ó dos hijuelos como cervatillos ó gamos. Cuando los pescadores los encuentran con sus cervatillos sobre el hielo, arrojan la cria delante de ellos en el agua, los abrazan y se bajan y suben en el agua. Cuando se quieren vengar en las lanchas ó defenderse, arrojan los cervatos atrás y nadan con fuerza hácia la lancha, y en una ocasion estuvimos á pique de perecer con esta operacion, porque un morso agarró fortísimamente con los dientes la popa de la lancha estando á punto de volcarla, pero le asustaron los gritos de la marinería y tomó el camino del mar cogiendo inmediatamente su cervato entre los brazos. Tienen á cada lado del hocico dos dientes que les salen como una media vara, cuyo marfil se aprecia mas que el del colmillo del elefante, porque es mas duro, blanco y pulimentado que éste.

En 1608 trajeron uno de estos animales vivo á Inglaterra, el primero de su especie que se había visto en aquel reino. Fué el asombro de la corte por su forma extraordinaria y por su docilidad que le hace susceptible de educacion.

MANUEL GUZMAN.

ESTUDIOS SOBRE LA INDIA INGLESA.

EL CAPITAN FITZMOOR.

O LA REBELION DE LOS GIPAYOS.

I.

EL COMLOT.

Estaba para estallar una tempestad: pesaba sobre toda la naturaleza un manto de plomo. Espesas y cargadas nubes, ocultando el brillo de las estrellas, cubrian de sombras el cielo. Ni el mas ligero soplo del aire agitaba las hojas de los árboles. Los aullidos de las fieras turbaban únicamente el imponente silencio de la noche.

En medio de los bosques de juncos, no lejos del camino, entonces en muy mal estado, que conduce de Mysora á Arcot, estaban reunidos muchos hombres en una especie de plazoleta. Hallábanse agrupados en derredor de una enorme hoguera, destinada á ahuyentar las fieras.

Illuminados con el rojizo resplandor de aquella hoguera, envueltos en anchas piezas de percal blanco, y completamente inmóviles, parecían aquellos hombres desde lejos

unas fantasmas. Estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas al estilo de los orientales. Unos fumaban, otros hablaban, la mayor parte estaban durmiendo. Había sobre unos ciento.

En el bronceado color de aquellos hombres, en su traje, así como en su actitud, se conocía que eran indios. Sus feroces rostros, sus desaliñadas barbas y las armas que guardaban su cintura, dejaban adivinar que eran unos bandidos capaces de cualquier crimen.

Muy cerca de la hoguera, casi en medio del círculo por consecuencia, estaba un anciano, á quien parecían escuchar los demas con tanto interés como veneracion. Era de una flaqueza horrorosa, diríase que era un espectro ambulante. Cubrian su descarnado cuerpo, su desordenada barba, y sus cabellos parecidos á las crines de un animal, el lodo y las inmundicias de todo género. Constantemente tendido en una posicion horizontal, su brazo derecho afectado de una anquilose, no podía tomar otra posicion. Lo mismo sucedía con la mano derecha, cerrada sin poder abrirla hacia muchos años, solo se hubiera podido abrirla quebrándole los dedos. Las uñas penetraban en la carne bastante profundamente, y debían causar crueles dolores al anciano. Sin embargo, no parecía hacer gran caso de ello. Tenia los ojos vagos, estraviados, agitados por un movimiento continuo, semejante al de las fieras, marcando el embrutecimiento, la locura y la ferocidad. Con la mano izquierda tenia un pesado baston forrado de hierro. Hablaba con un tono brusco, y gesticulaba con una increíble violencia. Aquel viejo era el *samast* ó fakir Nanna-Mokerge, conocido en toda la presidencia de Madrás por sus austeridades, sus predicciones y su odio implacable á los europeos.

Al lado de él un indio como de unos cuarenta años, que parecía ser el gefe de la banda, fumaba un godauk (mezcla de tabaco, de dulces secos y de ópio), en un rico houka (ó pipa con largo tubo). Apoyada su mano sobre el cincelado puño de un magnífico sable de Lucknow, escuchaba con aire bastante distraído los discursos del fakir. De pronto se dejó oír el gruñido de un chakal á alguna distancia entre los matorrales. A una señal del gefe todos quedaron inmóviles y guardaron el mas profundo silencio. El mismo gruñido se repitió todavía por otras dos veces. El hombre sentado al lado del fakir dejó caer el flexible tubo de su pipa y levantó la mano. Inmediatamente todos los indios se levantaron silenciosamente de puntillas. Enrollaron sus mantas de algodón y se las echaron al hombre en forma de bandoleras. Cogió cada cual en seguida su lanza con asta de bambú y se aseguró bien de su corvo sable que entraba y salía fácilmente de la vaina. Agrupáronse alrededor de su gefe, y aguardaron silenciosamente sus órdenes.

Diez minutos despues cuatro hombres vestidos como los que se hallaban agrupados alrededor de la hoguera, desembocaron por el bosque. Marchaba en medio de ellos un indio de alta talla. En el continente marcial del recién llegado, y sobre todo, en su paso mas resuelto y mas firme que el de los indios, se adivinaba que era un militar. Llevaba, sin embargo, el traje usual de los indígenas ricos. Le habían quitado su cinturón, del que se habían servido para vendarle los ojos. Sus dos manos estaban atadas á la espalda dando varias vueltas y llevando la punta uno de sus guardas. A pesar de su triste posición el prisionero marchaba con la cabeza levantada y no mostraba el menor temor.

—Te han sorprendido mis hombres rondando á las inmediaciones de nuestro campo, dijo Narain-Visumbar. Venias á espiarnos.

—La prueba de lo contrario es que los he oido deslizarse en torno mio, y lejos de huir los he aguardado.

—¿Qué venias entonces á hacer aqui?

—¿Eres tú el gefe?

—Si.

—Pues bien, escucha. Lo que tengo que decirte solo tú puedes oirlo.

Narain se acercó al prisionero.

—Dame tu mano, le dijo éste.

Narain colocó una de sus manos en las del prisionero. De repente se dilató el rostro del gefe. El mismo le arrancó el cinturón que cubria los ojos del indio, y desató sus ligaduras. Despues hizo una seña á sus gentes para que se retirasen á cierta distancia.

—Pues que tú eres como yo un servidor de Kalee, replicó Narain, bien venido seas al campo de los dakoits. ¿Qué quierdes de nosotros?

—Dentro de algunos dias parten desde Mysora á su destino de Bellora unas carretas conteniendo un lago y medio de rupias. Deben pasar muy cerca de aqui.

—¿De cuántos hombres se compone la escolta de esas carretas?

—De cerca de cien hombres; es decir de toda una compañía entera del noveno de cipayos. ¿Sois bastante gente para atacarlos y batirlos?

—Si permanecen reunidos no, si se dividen si.

—Yo haré de modo que se dividan.

—¿Cómo?

—Esa es cuenta mia: ¿Cuántos hombres tienes á tus órdenes?

—Ciento cuarenta.

—Bueno.... No es eso solo. El teniente coronel MacSlane, que manda en Mysora, se ha aprovechado de esta remesa de dinero para poner bajo la proteccion de la escolta á su hija Wilhelmina. Va á Bellora donde vive su tia mistriss Cavendish. Si gracias á mí, os apoderais de la plata y de la muchacha, quiero que ninguno de vosotros toque ni á un cabello de oro de la blanca. Me la entregareis.

—Consiento en ello.

—Tambien necesito una parte del botin.

—¿Cuánto pides?

—Cuarenta mil rupias. (Veinte mil duros.)

—Es demasiado.

Siguióse un debate entre los dos hombres, concluyendo por fijarse la parte del desconocido en veinte mil rupias (diez mil duros.)

—¿Cuál es el sitio mas favorable para una emboscada? preguntó este último al mánata.

—A doscientas varas de aqui se encuentra un paso rodeado de lagunas y barrancos pantanosos. Yo haré descomponer el camino quitando los troncos de los árboles que sostienen el suelo. La escolta se verá obligada á desbandarse. Será mayor el desórden, cuanto que á los dos lados del camino hay pantanos en que se hunde uno hasta los hombros.

—Me indicarás ese sitio.

—Si. Yo haré de modo que lleguemos alli á la caída de

la tarde y te enviaré un mensajero en el momento de salir el convoy.

—Está muy bien todo: pero á mi vez yo deseo saber quien erés tú, y como te compondrás para cumplirme tu promesa de dividir la escolta.

—¿Y si no me diese la gana de decírtelo?

—Te haria abrir en canal.

Mientras que juntos hablaban los dos hombres, el fakir se habia ido acercando poquito á poco de modo que podia oir su conversacion. Adelantóse hacia Narain y le dijo con voz firme:

—Sigue los consejos de ese hombre. Yo sé que es capaz de cumplir lo que te promete.

—¿Luego tú me conoces? dijo el indio con un movimiento de sorpresa y casi de amenaza.

—Si, te conozco. Tú eres...

—Habla mas bajo, interrumpió el indio.

—Está bien, replicó el fakir inclinándose á su oido. Tú eres Gopaul.

—¡Silencio! dijo Gopaul, colocando un dedo sobre sus labios.

—Tranquilízate.

—¿Cómo me conoces?

Nanna-Mokerge cogió la mano de Gopaul en su larga y descarnada mano. Mientras la apretaba trazó su dedo un misterioso signo sobre la palma de la mano del indio.

—Sé que tú has sido y que eres todavía en el fondo del corazon un fiel servidor de Kalee, replicó el fakir, dejando caer el brazo de Gopaul, cuyas fruncidas cejas se habian arqueado. Aborreces á los ingleses, y yo los aborrezco todavía mas que tú. ¿Verdad que serán todos asesinados?

—Todos.

—¿Que Sibaybowhnee te proteja! Cuenta conmigo para ayudarte. Voy á llevarte al sitio de que te hablaba Narain.

—Aguarda un poco, dijo éste, puesto que este hombre es amigo tuyo, quiero que se le ofrezca el pawn.

A una señal del gefe de los dakoits pusieron una mesa con tres cajas, conteniendo nueces darec, cal y hojas de betel. Estos tres indispensables elementos del pawn fueron ofrecidos á Gopaul; envolvió este un polvito de cal y un pedazo de la nuez darec en una hoja de betel, y se lo puso todo en la boca.

Masticando voluptuosamente aquella abominable mezclanza, acabó de convenir con Narain en las diversas medidas que habia que tomar para asegurar el éxito de su criminal empresa. Fumó en seguida una pipa y se marchó con el fakir, que murmuraba oraciones que á cada momento interrumpia con gritos salvajes y aullidos dignos de una fiera.

En cuanto á Narain, volviéndose á la espesa tienda que lo servia de haren, y que guardaban seis dakoits armados hasta los dientes.

II.

SIR JORGE THOMPSON.

En 1806, época en que sucedian los hechos que estamos contando, el regimiento número 9.º de infantería indígena, daba la guarnicion en la ciudad de Mysora. Ha-

llándose ausente su coronel, como lo están siempre en el ejército inglés, tenían los cipayos por jefe al teniente coronel Mac-Slane. Vivía éste en una grande y hermosa casa, á diez minutos á lo mas de distancia de la ciudad. Era un bizarro militar, terco como un escocés, de un genio violento, pero franco y leal.

Despreciaba á los indios, detestaba á los portugueses, apreciaba á los irlandeses, amaba á los ingleses y ponía en el cielo á los escoceses. Le gustaba muchísimo el opor- to y el ron, y todavía mas la caza y la guerra.

Viudo hacia catorce años este digno oficial, habia concentrado todas sus afecciones en su hija única la bella Wilhelmina; en toda la presidencia de Madrás no se la conocia sino por este nombre. Era verdaderamente una de las personas mas lindas de la comarca.

Era preciso que esta jóven tuviese un admirable carácter y un corazón muy bueno para haber resistido á la educación que le habian dado. Habíala criado su padre como á un muchacho, y si le hubieran dejado y por su gusto hubiera enseñado á su hija á fumar, el manejo de las armas y hasta emborracharse.

Por fortuna mistriss Cavendish, la hermana del coronel, habia ido á pasar algunos meses al lado de su sobrina. Antes de volverse á Agra, donde residia entonces su marido, habia instalado como aya al lado de Wilhelmina á una señora viuda de un teniente irlandés. Era una persona excelente á quien ni los cuarenta años de su edad, ni la viudez y otras desgracias habian alterado la salud, la sensibilidad y el apetito. Tenia unos colores como un ganapan, y sus dos anchos pies soportaban valientemente un peso de ocho arrobas. Siempre dispuesta á compadecerse de las desgracias del prójimo, no podia oír ninguna lástima sin sollozar, y al oír contar las miserias de alguno á la hora de comer, empezaba á lamentarse con un pañuelo en la mano, y en la otra el tenedor, sin dejar de dar ocupacion á las quijadas. Su buen corazón y el gran cariño que profesaba á Wilhelmina le hacian disimular estas pequeñas ridiculeces. Casi todos los oficiales europeos de la guarnición de Mysora eran idólatras de la bella Wilhelmina.

No hablamos de los colectores, jueces, magistrados y demas empleados civiles, porque el contar estos seria nunca acabar.

Aunque un poco fantástica y ligeramente burlona, Wilhelmina se mostraba benévola con todo el mundo, y si bien no rechazaba á ningun aspirante, tampoco concedia su preferencia particular á ninguno.

Hacia, sin embargo, ya algun tiempo, que algunos observadores pretendian, con razon ó sin ella, que los ojos de la linda jóven se fijaban con cierta complacencia en un buen mozo teniente de cipayos llamado sir Jorge Thompson, hijo de un oficial superior, miembro del consejo supremo. Este jóven tenia un gran porvenir. Al llegar á Mysora se habia propuesto pedir muy pronto una licencia, empero la vista de miss Mac-Slane y algunas noches que habia pasado en su tertulia, le habian hecho modificar completamente sus proyectos. Viéndolo todo de color de rosa no habiera cambiado su estancia en Mysora por la de Madrás y aun la de Calcuta.

Ocho dias despues de la entrevista de Gopaul y del jefe de los dakoits, se hallaba reunida una compañía de cipayos

delante de la puerta de la casa del teniente coronel Mac-Slane.

Bueno es decir aqui que en el ejército inglés el teniente coronel es el verdadero jefe del regimiento. El coronel es una especie de general con el que no se tienen mas relaciones que para la administracion superior, y que gana de cinco á diez mil duros al año con los vestuarios y equipos del regimiento.

A algunos pasos de la puerta un palafrenero con la librea del coronel, tenia de la brida un hermoso caballo árabe de color perla. El soberbio animal tascaba inquieto el bocado de acero y manoteaba lanzando por sus hinchadas narices blancos copos de espuma.

La forma de la silla indicaba que estaba destinado para que lo montase una señora. Otro caballo para muger, mas tranquilo y menos brillante, aguardaba filosóficamente el momento de la partida con la cabeza apoyada sobre el hombro de su palafrenero.

Aquel pacífico corcel debia tener la honrosa pero pesada tarea de llevar al aya.

Sentados á la entrada del vestíbulo sobre los brazos del palanquin que iban á llevar por turno, estaban ocho mozos conservando una inmovilidad de estatuas.

En el patio un cochero indio se pavoneaba sobre el pescante de un carruaje de cuatro ruedas tirado por dos vigorosos caballos de la parte septentrional del Indostan. Delante del carruaje habia dos palafreneros con un lambú, en cuya punta habia un abanico para espantar las moscas. Detrás y alrededor del carruaje habia una veintena de criados que debian formar parte de la comitiva de miss Mac-Slane.

Notóse un movimiento en lo interior de la casa. Asomáronse muchas personas en el *verandah* (especie de ancho balcón ó galería exterior) guarnecido de flores y arbustos.

Apoyada en el brazo de sir Thompson Wilhelmina, echaba una mirada sobre los preparativos de la marcha y hablaba con el jóven oficial. A pesar de su amabilidad éste parecia inquieto y preocupado. Al lado de ellos el teniente coronel daba algunas instrucciones al capitán indígena que debia mandar la escolta. En aquel momento el médico del batallón se aproximó á su jefe y le dijo algunas palabras.

El viejo oficial hizo un gesto de incomodidad, lo reparó Thompson y recobró inmediatamente su buen humor.

—Vaya un contratiempo que nos sucede, dijo Mac-Slane dirigiéndose á su hija. El capitán Molfoy, que debia mandar el convoy, acaba de ponerse malo. Todos sus colegas están ausentes ó enfermos. Me hallo en un cruel apuro.

—Coronel, dijo Thompson presentándose al frente, mucho os agradeceré el favor de que consintais que yo reemplace al capitán.

—El camino es muy peligroso, murmuró el viejo oficial, y conoceis muy poco este pais para desconcertar todas las astucias y asechanzas de esos bribones de dakoits.

El coronel se puso á pasear por el patio en el ademán de un hombre indeciso y contrariado.

—¿No direis una palabra en favor mio? dijo Jorge dirigiéndose á Wilhelmina; ¿seria tan feliz en acompañaros y velar por vos?

Miss Mac-Slane se ruborizó un poco y no respondió sino con una chanza. Sin embargo, un instante despues encontró medio de acercarse á su padre y de apoyar indirectamente la petición de Thompson.

—Yo no dudo, ni de su buena voluntad, ni de su bizarria, dijo el coronel, pero desgraciadamente todo esto no reemplaza la experiencia. ¡Ah, si el capitán Fitzmoor estuviese aquí!

—Si, padre mio, pero como no está...

—¡Demasiado lo sé! En fin, puesto que es preciso, veo que me voy á ver obligado á reemplazar el nombre Molfo por el de Thompson; pero esto me contraría escesivamente.

Mientras el coronel entraba en lo interior de la casa, se aproximó Wilhelmina á Thompson que estaba dando gracias al médico por lo bien que le habia servido haciendo pasar por malos á algunos oficiales que estaban enteramente buenos. De repente el médico le dijo:

—Mirad, Thompson. Le enseñaba con el dedo un gineque á todo galope bajaba por la rápida cuesta de Mysora dirigiéndose á la casa del coronel. Thompson se dió con cólera una palmada en la frente.

—El es... sí, él es, dijo, voy á su encuentro; es el único medio...

—¿A dónde vais así corriendo? le preguntó Wilhelmina.

—¿A impedir que me roben la felicidad de acompañaros! respondió precipitadamente.

Saltó inmediatamente sobre su caballo, y partió al galope en la direccion de Mysora.

La joven se asomó á la puerta y vió, á una milla casi de distancia, al gineque que el médico acababa de señalar á sir Thompson y que éste corria á buscar.

III.

EL CAPITAN FITZMOOR.

Aquel gineque era un hombre de cerca de unos treinta y cinco años, pero escesivamente delgado y un poco cargado de espaldas. El sol habia bronceado su color naturalmente pálido y amarillento por su larga mansion en climas insalubres. Cuando se le examinaba en sus momentos de inaccion con sus hundidas mejillas, sus ojos rodeados de un cerco azul y sus miradas fatigadas, parecia un hombre á quien quedaban pocos meses que vivir, pero en accion aquel hombre se trasformaba completamente y todo era alma y se despertaban todas las facultades de la vida. Bajo aquella enfermiza apariencia se revelaban de pronto unos músculos de acero, una indomable energía animaba sus amortiguados ojos. Sus facciones poco regulares y muy pronunciadas por la enfermedad, tenian en su conjunto una notable expresion de inteligencia y de resolucion. Velase que el clima devorador de la India, el trabajo y los cuidados habian gastado el cuerpo de aquel hombre, sin disminuir en lo mas mínimo su ánimo y su fuerza moral.

Llevaba el uniforme de capitán al servicio de la Compañía. Encorvado sobre su caballo, cuyo vientre ensangrentaba metiéndole sus aceradas espuelas, bajaba el oficial á todo escape la cuesta con una espantosa rapidez. Muy lejos detrás de él se descubrian dos palafreneros que le seguian corriendo.

Llegado á algunos pasos del capitán, Thompson paró su caballo.

—Capitán Fitzmoor, le dijo el joven oficial, permitidme una palabra....

—¿Ha marchado el convoy? le preguntó interrumpiéndole con apresurada voz Fitzmoor.

—No, capitán, y precisamente con motivo de ese convoy quisiera pedirlos un favor.

—Continuemos nuestro camino, dijo Fitzmoor, galopando, me explicareis en lo que puedo servirlos.

Después de algunos rodeos y circunloquios, contó Thompson lo que acababa de suceder sobre el mando de la escolta entre el coronel y él.

—Si llega á veros el coronel, va inmediatamente á confiaros el mando de la escolta, y yo tengo mis razones particulares para querer hacer este viage.

—¿Y bien?....

—Y bien, dentro de una hora vamos á marchar. Si pudiérais retardar hasta la tarde el presentaros al coronel....

—Siento mucho el negarme á ello, sir Thompson, respondió el capitán con cierto embarazo; pero yo tambien tengo negocios urgentes en Bellora.

—Mirad, capitán, si supiérais....

—No quiero saber nada, le interrumpió Fitzmoor.

—¿Con que me lo negais? replicó Thompson, disimulando apenas su desquite.

—Pedidme cualquiera otra cosa, y me reputaré muy feliz en poder hacerlo, pero en cuanto á esta....

Sin dejarle acabar su respuesta, metió Jorge espuelas á su caballo y tomó la delantera al capitán, que no llevaba tan buen caballo como él.

—¡Toma! ¡toma! Allí viene el capitán Fitzmoor, gritó el coronel, que acababa de asomarse al balcón. ¿Qué buena estrella nos lo trae?

El capitán arrojó á un criado la brida de su caballo y subió al balcón.

—Mi coronel, dijo á Mac-Slane, queda cumplida la comision que me habíais encargado.

—¡Tan pronto! dijo con alegre sorpresa el anciano oficial.

—Vengo de Nellandabaud. La banda de Khytaghat queda destruida. De ciento veinte y siete hombres de que se componia, treinta y cuatro han sido muertos, y cincuenta y dos han sido hechos prisioneros. Su gefe Nafier-Aly pereció en el combate.

—Recibid mi enhorabuena, capitán. Reconozco en eso vuestro vigor, vuestra habilidad. ¿Y cuándo ha sido el combate?

—Ayer, después de medio día.

—¿Y ya estais aquí? ¿Habeis venido galopando toda la noche?

—Sí, mi coronel.

—Entonces tendré que renunciar á mi proyecto. Al veros me habia ocurrido la idea de confiaros el mando de la escolta que ahí veis....

—Estoy pronto á marchar, mi coronel.

—¿Después de haber andado sesenta millas á carrera tendida?

—Eso importa poco, mi coronel. Al pasar por Mysora, supe la salida de este convoy. He pensado que tal vez tendríais necesidad de mí, y aquí estoy. Mis criados y equipage van á llegar dentro de un instante con caballos de refresco y ropa para mudarme. Solo os pido media hora y un cuarto cualquiera para terminar mis preparativos.

—Tomaos una hora, capitán. Mucho gusto me dareis almorzando conmigo. Voy á dar mis órdenes. Os juro por mi

honor, Fitzmoor, que estoy contentísimo de confiarlos la custodia de mi hija. Esto me hará quedar tranquilo. Aquí teneis á miss Mac-Slane: venid conmigo, voy á darle yo mismo esta buena noticia.

Wilhelmina, que acababa de hablar con Thompson, parecía muy lejos de participar de la predilección de su padre por el capitán Fitzmoor. Saludó á éste con aire glacial, arrojándole una mirada burlesca y desdenosa.

Fitzmoor, en efecto, estaba muy lejos de estar vestido como para un baile ó una parada. El polvo y el barro secado por el sol, cubrían su destrozado uniforme. La fatiga del camino, y una noche entera pasada á caballo, oscurecían todavía más su triste y demacrado rostro.

—He andado cincuenta millas al galope esta noche, dijo con dulzura Fitzmoor, que comprendió la reconvencción que espresaban los lindos ojos de la joven. La premura con que he venido.....

Volvióle la espalda, dejándole con la palabra en la boca, después de haberle hecho una desdenosa cortesía. Las miradas y el acento de la joven de tal modo descubrían su mal humor, que el coronel, que no era muy perspicaz, lo echó de ver.

—Váyanse al diablo estas chiquillas con sus caprichos y sus preferencias, murmuró. Ya le diré yo ahora mismo lo que viene al caso.....

En sus monólogos el digno oficial decía á su hija una porción de cosas severas; pero si se trataba de dirigir directamente sus reprensiones á Wilhelmina, entonces ya no era tan valiente el buen padre. Una sonrisa, un mimito, bastaban para desarmarle. Cuando más encolerizado estaba, un besito de la caprichosa niña bastaba para que éste hiciese cuanto la diese la gana. Demasiado lo sabía la niña, y no pocas veces abusaba de su poder.

Esta vez el coronel se contentó con gruñir un poco y encogerse de hombros.

—Permitidme, mi coronel, dijo Fitzmoor, inspeccionar un poco la escolta y el convoy. ¿Quién ha dirigido los preparativos?

—El capitán de indígenas Gopaul Radanauth, el teniente, y los sargentos de la compañía.

El coronel dió la mano á Fitzmoor, y marchó á reunirse con su hija.

El capitán bajó al patio á hacer la inspección.

Al ver desde lejos á Fitzmoor, Gopaul hizo un movimiento de gran descontento, que con el talento del disimulo que tan en alto grado poseen los indios, ocultó á los ojos de todos.

Desde la primer ojeada reconoció el capitán que faltaban muchas cosas, y que no se habían tomado las precauciones necesarias para un transporte de aquella importancia.

Envío á buscar otras municiones; hizo aumentar el número de los hombres para el servicio de las carretas, y reparó todas las omisiones que había advertido.

—Velad sobre todo esto, dijo á Gopaul siempre impasible, si dentro de una hora no está todo en orden me respondereis, y contad con un ejemplar castigo.

Fitzmoor, con razón, pasaba por el oficial más querido de los indígenas en el regimiento, pero también por el más severo á la par que por el más justificado y bizarro.

En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo estuvo listo para ejecutar sus órdenes.

A él le sobró con la media hora para terminar su aseo y

su almuerzo. A escepción de sus ojos irritados por el insomnio, no se veían en su rostro las huellas del cansancio y de la fatiga. Pasó una nueva y minuciosa revista á la escolta, y después fué á anunciar al coronel que solo se aguardaban sus órdenes para la marcha.

—¡Marchen! dijo entonces el coronel dando un fuerte suspiro. Yo os acompañaré hasta la aldea de Nalpora.

Siendo todavía soportable el calor, Wilhelmina quiso comenzar su camino á caballo.

En el momento de ponerse en marcha el convoy, un viejo de elevada estatura y repugnante aspecto, que se hallaba á la orilla del camino, estendió los brazos como para maldecirlo.

—¿Qué quiere ese tunante? gritó Thompson, echándose sobre el indio con su caballo, y levantando el látigo.

El anciano permaneció inmóvil, fijando sus ojos espantados sobre el teniente y manteniendo siempre horizontalmente su desnudo y descarnado brazo.

—No le pegueis, Thompson, dijo el coronel, es un fakir.

—¡Vaya un estafermo! respondió Thompson riéndose, los practicantes de cirugía de Calcuta pagarían cualquiera cosa por este viviente esqueleto.

Así que hubieron desaparecido todos los soldados del convoy, el fakir dió una especie de silbido. Al punto, un indio desnudo de pies á cabeza, y sin más que un pedazo de percal entre los muslos, y que se hallaba tendido boca abajo entre los matorrales, se puso en pie á dos pasos del viejo. Este que era nuestro conocido Nanna-Mokerge, dió rápidamente algunas instrucciones al indígena que se hallaba de pie delante de él. El indio hizo una señal de obediencia, y desapareció corriendo á través de los campos, casi en la misma dirección que el destacamento de cipayos.

Nanna le seguía inmediatamente, pero con paso más lento, aunque bastante rápido para un hombre de su edad y de su apariencia.

Al llegar á Nalpora, el coronel, Thompson y otros dos oficiales que hasta allí habían acompañado á miss Mac-Slane se despidieron afectuosamente de ella. El coronel la recomendó de nuevo á Fitzmoor.

—Es la última esperanza de vuestro viejo coronel, le dijo, si la pierdo ¿qué será de mí?

—Estad tranquilo, mi coronel, respondió Fitzmoor con voz tan conmovida como la del anciano oficial: yo espero que no correrá ningún peligro miss Mac-Slane mientras tenga yo una sola gota de sangre en las venas.

—Lo creo, amigo mío, dijo el coronel. Dios os proteja á los dos y os lleve á puerto de salvación.

Abrazó tiernamente á su hija, y un instante después dió la señal para emprender la marcha.

IV.

EN LOS JUNCALES

Una hora después caminaban lentamente el convoy y su escolta por medio de los arrozales, que no tardaron en reemplazarse por un bosque de juncos.

Miss Mac-Slane se apeó del caballo y montó en el carruaje con su aya. Dos ó tres veces ensayó Fitzmoor acercarse á la portezuela para hablar con la joven; pero Wilhel-

mina le respondió con tanta frialdad que no tardó en separarse de allí.

—Mal tratas á ese pobre capitán, la dijo el aya.

—Me disgusta, replicó con impaciencia miss Mac-Slane.

Había un poco de exageración en las palabras de Wilhelmina. Hablaba bajo la influencia del mal humor.

Hubiera sido difícil hallar un corazón más amante, más decidido por sus amigos y más animoso que el de esta joven. La naturaleza la había colmado de todos sus favores, pero la habían malcriado un poco. Su padre que la adoraba, no veía más que por sus ojos. Por otra parte su talento y su belleza hubieran bastado para atraerle los obsequios de todos los oficiales del regimiento aun cuando no hubiese sido la hija del coronel. Con todo esto, ¿qué mucho que Wilhelmina fuese un poco voluntariosa y caprichosa?

Miss Mac-Slane no tenía por Thompson, bien mirado todo, sino esa preferencia en cierto modo instintiva que tienen la mayor parte de las mujeres por todo hombre joven, buen mozo, bien educado, rico y amante de los placeres. Asustada con el fastidio que iba á tener durante quince días de viaje se había puesto muy contenta con la perspectiva de un compañero de camino tan alegre, amable y divertido como Thompson. La llegada de Fitzmoor había desbaratado los proyectos de la niña mimada, y tenía por ello rencor con el pobre capitán. Este velaba sobre ella con el más esquisito cuidado, y una madre seguramente no tendría más atenciones con su hija. El capitán, lejos de hacer alarde de ellas, parecía disimularlas con estudio, y constantemente se hallaba separado del carruaje.

Es sabido que las costumbres inglesas conceden á las jóvenes solteras más libertad que á las mujeres casadas. En la India á consecuencia de las necesidades habituales de la vida, esta libertad es todavía mucho mayor. Debemos sin embargo decir, que rara vez se abusa de ella.

La reserva natural de Fitzmoor ofendía tanto más á Wilhelmina, cuanto que á despecho de sus prevenciones y de la poca duración de sus conversaciones con el capitán, comenzaba á descubrir en él cualidades que antes ni aun sospechaba pudiese tener. No solamente era un hombre muy honrado y muy instruido, sino que demostraba un gran talento: Era sóbrio en palabras, pero estas eran animadas y elegantes. En medio de su aparente frialdad, tenía movimientos de fuego y de inspiración, empero una nada, una sonrisa, una mirada, una chanza bastaban para helar de pronto su entusiasmo.

Siguiendo el uso adoptado por los ingleses para viajar por la India, miss Mac-Slane había llevado consigo un mundo de criados, desde el maestro de sala, hasta el aguador. Wilhelmina á la hora de almorzar y de comer se apeaba del caballo, bajaba del carruaje ó dejaba su palanquín. Los criados armaban una tienda y ponían la mesa que cubrían de blancos manteles, de cristalería, y de ricas porcelanas, absolutamente lo mismo que en Mysora ó bien en Calcuta. Terminada la comida Wilhelmina y su aya pasaban á otra tienda para cambiar de trage ó acostarse. A cada parada, es decir, tres veces al día, se armaban las tiendas y se ponía la mesa. Así se viaja en aquel país de lujo y de molición.

De tiempo en tiempo se encontraba alguna hospedería construida por el gobierno sobre los caminos de posta. Allí había cinco ó seis aposentos, un patio cerrado y dos ó tres criados.

El coronel al separarse de su hija le había recomendado que convidase á comer al capitán lo más frecuentemente posible.

A pesar de esta advertencia, Wilhelmina dejó pasar el primer día sin convidar al capitán. Al segundo día una especie de mala vergüenza de no haberlo hecho antes fué causa de que le convidase friamente y como á su pesar. En el fondo, sin embargo, deseaba vivamente que aceptase Fitzmoor, pero el capitán se excusó con no sé qué pretexto y rehusó el convite. Wilhelmina como verdadera niña mimada le volvió la espalda y estuvo seria con él toda la jornada.

Una persona más sagaz y más diestra que el aya hubiera podido hacer desaparecer muy pronto esta mala inteligencia entre dos personas tan buenas y de talento, pero la viuda no comprendía nada de lo que estaba pasando. Se le había metido en la cabeza de que Wilhelmina adoraba al buen mozo de Thompson, y esto le explicaba suficientemente los caprichos y el mal humor de su señorita. Sentía los pesares de Wilhelmina, y con frases románticas la contaba interminables historias sentimentales que Wilhelmina se guardaba bien de escuchar.

Hacia algún tiempo que estaban atravesando por los arrozales y tierras labradas cuando se entró en los juncuales. Se había llegado á uno de los pasos más peligrosos en los bosques de Mirbani, guarida favorita de los dakoits y de los tigres, más comunes entonces que ahora.

Para no atormentar á la joven no la habló el capitán del peligro, empero redobló su vigilancia.

Una noche, la novena después de su salida, Fitzmoor se levantó antes que ninguno estuviese todavía despierto en el campamento. En el momento en que se volvía á su tienda, después de haberse cerciorado que todo estaba en orden, le pareció distinguir una forma humana que se levantaba entre los juncuales á diez pasos á lo más de distancia de él. Lanzóse hacia aquel lado, empero todo había desaparecido. Su primer movimiento fué el correr á la tienda de miss Mac-Slane. Permaneció cerca de una hora oculto tras de un árbol y con los ojos clavados en la tienda. No vió ni oyó nada.

Esa vez aguardó el capitán á la salida del sol para dar la señal de marcha. Mientras se formaba el convoy volvió de nuevo á examinar el sitio donde por la noche había visto á alguno. Al cabo de cinco minutos de pesquisa distinguió huellas de pasos que fué siguiendo bastante tiempo, hasta que viendo que se perdían en los pantanos de los juncuales, se vió obligado á abandonarlos. Volvió atrás receloso y meditabundo y se reunió á la columna que ya le había tomado alguna delantera. Después sin más compañía que un jinete se adelantó á la vanguardia y galopando más de una legua fué á descubrir el camino. Nada sospechoso vió, pero oprimido su corazón con un vago presentimiento volvió atrás y se fué á colocar al lado de miss Mac-Slane. La joven se hallaba de muy mal humor y muy fastidiada, resentida en el fondo de su corazón con la reserva y taciturnidad del capitán. Lejos de confesar su falta, sentía como muchas gentes la necesidad de hacer sufrir su despecho á las gentes que la rodeaban. En esta mala disposición dijo dos ó tres cosas que, aunque muy corteses en la apariencia, con un doble sentido que molestaron mucho al sensible y desgraciado capitán. Nada respondió éste, em-